

Anatol Vasilievich Lunacharsky
León Trotsky
1 de enero de 1933

(Tomado de “Anatol Vailievich Lunacharsky”, en León Trotsky, *Literatura y revolución*, Tomo II, Ruedo Ibérico, Colombes, 1969, páginas 135-138)

Los acontecimientos políticos de estos últimos diez años nos han dividido y colocado en campos diferentes, hasta el punto de que no he podido seguir la suerte de Lunacharsky más que a través de los periódicos. Sin embargo, hubo un momento en que nos unieron lazos políticos estrechos y en que nuestras relaciones personales, sin llegar hasta la intimidad, habían adquirido un carácter muy amistoso.

Lunacharsky tenía cuatro o cinco años menos que Lenin y otros tantos más que yo. Esta diferencia de edad no tenía apenas importancia en sí misma, pero indicaba nuestra pertenencia a generaciones revolucionarias diferentes. Lunacharsky entró en la vida política cuando cursaba la segunda enseñanza, en Kiev. Estaba todavía por entonces bajo la influencia de los últimos rugidos de trueno de la lucha terrorista llevada a cabo por los “populistas” contra el zarismo; para mis contemporáneos más próximos, en cambio, la lucha de los “populistas” sonaba a leyenda.

En la escuela, Lunacharsky admiraba por su talento polifacético. Escribía versos, por supuesto, captaba fácilmente las ideas filosóficas, daba conferencias admirables en las veladas de estudiantes, era un orador sin igual y a su paleta de escritor no le faltaba un color. A la edad de veinte años era capaz de dar conferencias sobre Nietzsche, de discutir sobre el imperativo categórico, de defender la teoría del valor de Marx o de discutir los méritos de Sófocles y Shakespeare.

Sus dotes excepcionales se combinaban constitutivamente en él con el diletantismo pródigo de la intelligentsia aristocrática, del estilo que encontró en otro tiempo su expresión periodística de más calidad en la persona de Alexander Herzen.

Lunacharsky estuvo unido a la revolución y al socialismo durante cuarenta años, es decir, durante toda la duración de su vida consciente. Pasó por la prisión, la deportación, la emigración, y siguió siendo un marxista inquebrantable. En el curso de estos largos años, miles y miles de sus antiguos compañeros, surgidos del mismo círculo de la intelligentsia aristocrática y burguesa, pasaron al campo del nacionalismo ucraniano, del liberalismo burgués o de la reacción monárquica. Las ideas revolucionarias no eran un capricho de juventud para Lunacharsky: le habían penetrado hasta la médula de sus nervios y vasos sanguíneos. Esto es lo primero que debe decirse sobre su tumba, tan reciente.

Sería inexacto, sin embargo, representarse a Lunacharsky como un hombre de una voluntad terca y de un temple fuerte, como un combatiente cuya mirada no se desvía. Su firmeza era muy elástica, demasiado incluso, comparada con la de muchos de nosotros. El diletantismo no era sólo, para él, un dato intelectual, sino que era un rasgo característico. Como orador o como escritor, se dejaba ir fácilmente por el camino de las digresiones. Ocurría con frecuencia que una imagen artística le arrastraba lejos del desarrollo o de su idea fundamental. En su actividad política también le gustaba echar vistazos a derecha e izquierda. Era demasiado sensible a todas las novedades filosóficas y políticas de cualquier tipo como para no dejarse coger y jugar con ellas. Es indudable que el aspecto diletante de su carácter debilitaba en él la voz de la crítica. En su mayor parte, sus discursos eran improvisados y, como siempre en tales casos, no podían por

menos de ser largos y superficiales. Escribía o dictaba con extraordinaria facilidad y apenas corregía. Le faltaba capacidad de concentración y de autocensura para crear valores menos discutibles: sin embargo, tenía suficientes conocimientos y talento para ello.

Por muy lejos que se dejase arrastrar en las digresiones, Lunacharsky volvía siempre a su idea fundamental, en todos sus artículos o discursos o en el conjunto de su actividad política. Sus fluctuaciones, a veces inesperadas, tenían ciertos límites: nunca superaban la frontera de la revolución y del socialismo.

En 1904, casi un año después de la escisión de la socialdemocracia rusa entre bolcheviques y mencheviques, Lunacharsky, pasando de la deportación a la emigración, se alineó al lado de los bolcheviques. Lenin, tras romper con sus maestros (Plejánov, Axelrod, Vera Zasúlich) y con sus más próximos camaradas de ideas (Mártov, Potresov), se encontraba por entonces muy aislado. Tenía absoluta necesidad de un colaborador para el trabajo exterior, que no le gustaba y al que no sabía adaptarse. Lunacharsky llegó, realmente, como un don celestial. En cuanto se bajó del vagón se ganó un puesto en la vida agitada de la emigración rusa en Suiza, Francia y toda Europa. Escribía informes, llevaba la contraria, mantenía polémicas en la prensa, dirigía círculos, bromeaba, contaba chistes, cantaba en falsete, ganándose a jóvenes y viejos por su formación polifacética y por su encantadora facilidad en las relaciones personales.

La dulzura de su carácter adaptable fue uno de los rasgos más destacados de la personalidad moral de este hombre. No conocía ni la vanidad mezquina ni la preocupación más seria de defenderse frente a los enemigos o a los amigos. Durante toda su vida, Lunacharsky cedió a la influencia de personas que tenían frecuentemente menos conocimientos y talento que él, pero que tenían más firmeza. Se unió al bolchevismo gracias a su amigo Bogdanov, de más edad que él. Joven sabio en fisiología, medicina, filosofía y economía, Bogdanov (cuyo verdadero nombre era Malinovsky) aseguró a Lenin de antemano que el joven Lunacharsky, a su llegada al extranjero, seguiría infaliblemente su ejemplo y se uniría a los bolcheviques. La predicción se cumplió totalmente. El mismo Bogdanov, tras el aplastamiento de la revolución de 1905, hizo que Lunacharsky se separara del bolchevismo para llevarle a un pequeño grupo ultraintransigente, que combinaba una incomprensión sectaria de la contrarrevolución victoriosa con una predicación abstracta de una “cultura proletaria” preparada por métodos de laboratorio.

Durante los años negros de la reacción (1908-1912), cuando amplias capas de intelectuales caían, como contagiados por una epidemia, en el misticismo, Lunacharsky, con Gorki, a quien le unía una estrecha amistad, rindió su tributo a la investigación mística. Sin romper con el marxismo, se puso a presentar el ideal socialista como una nueva forma de religión y se ocupó seriamente de buscar un nuevo ritual. Plejánov, sarcástico, le bautizó “San Anatolio”, y con este apodo se le llamó durante mucho tiempo. Lenin fustigaba no menos implacablemente a su compañero pasado y futuro. Aunque se fue haciendo menos dura poco a poco, la lucha duró hasta 1917, en que Lunacharsky, no sin resistencia y fuerte presión del exterior, esta vez por mi parte, se unió de nuevo a los bolcheviques. Aquel fue un periodo de agitación sin respiro, que se convirtió en el periodo culminante de su vida política. Incluso entonces dio muchos saltos, debido a su temperamento impulsivo. Así, le faltó poco para romper con el partido en el momento más crítico, en noviembre de 1917, cuando llegó a Moscú el rumor de que la artillería bolchevique había destruido la iglesia de San Basilio. El entendido, el esteta, no podía perdonar semejante vandalismo. Afortunadamente, Lunacharsky, como sabemos, era impulsivo, pero conciliador... y, además, la iglesia de San Basilio no había sufrido daño alguno en las jornadas de la insurrección de Moscú.

En su calidad de comisario del pueblo para la instrucción pública, Lunacharsky fue irremplazable en las relaciones con los antiguos medios universitarios y en general con el cuerpo de profesores, que esperaba por parte de los “usurpadores ignorantes” la liquidación completa de las ciencias y las artes. Demostraba con entusiasmo y facilidad a todo este mundo cerrado que los bolcheviques no sólo respetaban la cultura, sino que comprendían la necesidad de conocerla. Más de un universitario, en aquellos días, se quedó atónito ante aquel vándalo que leía media docena de lenguas modernas y dos antiguas y que, sin querer, inesperadamente, revelaba una erudición tan universal que hubiera bastado para una decena de profesores. No es uno de los menores méritos de Lunacharsky el haber obtenido la unión de la intelligentsia diplomada y patentada al régimen soviético. Como organizador de la instrucción pública, era desesperadamente ineficaz. Tras algunas tentativas desgraciadas, en las que se unía una fantasía de diletante a la inaptitud administrativa, Lunacharsky dejó de pretender toda dirección práctica. El comité central le proporcionó ayudantes que, protegidos por la autoridad personal del comisario del pueblo, sostenían firmemente las riendas en sus manos.

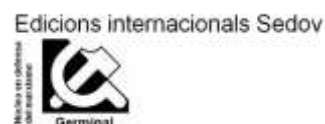
Esto le dio unas posibilidades mayores de consagrar sus ratos de ocio al arte. El ministro de la revolución era no sólo un entendido y aficionado al teatro sino también un dramaturgo fecundo. Sus obras revelan toda la extensión de sus conocimientos y preocupaciones, una facilidad sorprendente para penetrar en la historia y la civilización de los diversos países y las diversas épocas, una capacidad excepcional para combinar su propia imaginación con las ideas de los demás. Casi nada más. No llevan impreso el sello del verdadero genio creador.

En 1923, Lunacharsky hizo aparecer un pequeño volumen, *Siluetas*, consagrado a los dirigentes más caracterizados de la revolución. El libro era inoportuno: basta decir que el nombre de Stalin ni siquiera se encontraba en él. A partir del año siguiente, *Siluetas* fue retirado de la circulación y el mismo Lunacharsky se sintió en desgracia. Tampoco le faltó habilidad en aquella ocasión. Se adaptó muy rápidamente al cambio que se había producido en la composición del grupo dirigente; en todo caso, se sometió completamente a los nuevos dueños de la situación. Sin embargo, siguió siendo hasta el final una figura extraña en sus filas. Lunacharsky conocía demasiado bien el pasado de la revolución y del partido, tenía demasiadas preocupaciones diversas, era en definitiva demasiado instruido para no tener un sitio aparte en el seno de la burocracia. Privado de su puesto de comisario del pueblo, en el que, por otra parte, había logrado cumplir totalmente su misión histórica, Lunacharsky se quedó casi sin tarea alguna hasta su nombramiento de embajador en España. Ni siquiera tuvo tiempo de ocupar su nuevo puesto: la muerte le alcanzó en Menton.

Ni el amigo ni el adversario honrado se negarán a inclinarse ante su sombra.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano



germinal_1917@yahoo.es